REFLEXIÓN ANTE EL ESPEJO

Tierna doncella de abandonada intimidad
y decoro ajado por servir un sino irrepetible,
difícilmente renunciable;
mujer que no sopesa tan agotadora entrega de armonía
en la balanza imposible de lo humano,
porque es Dios, mi Dios,
el que me elige
sementera de goce y de alegría,
puerto de su nao,
manantial que riega su narciso...

Niña de ojos almendrados,
virgen y serena,
inocente, fiel a la esperanza,
que recuerda el mar entre naranjos...
¿por qué yo?,
tan desvalida, tan humilde, tan callada,
tan tenue, tan frágil, tan rendida...
¿por qué mi cuerpo,
crecido sin cuidados,
designado por Dios para esta empresa?

Duda que no es duda, ni tormento, ni diatriba, ni migraña;
decisión que asumo de antemano
apenas si el arcángel la pronuncia;
que mi carne no es mi carne
si él la necesita,
ni mi alma pertenece ya a mi alma.

¬¡Qué gozoso el placer de aventurarse
al prodigio de la concepción más esperada,
en la que ni hombre, ni galán,
ni efebo participa,
sino que sólo el Espíritu fecundo de la Gracia
obra en mi cuerpo tal milagro!